

"UN ESTUDIO SOBRE LA VIOLENCIA EN "HUASIPUNGO"

Dentro de la Literatura Latinoamericana existe una parcela conocida desde hace algunos años con el nombre de novela indigenista, siendo la obra de Icaza una de las más estudiadas dentro de este renglón. A diferencia de la llamada novela indianista que veía en el indio un elemento decorativo y exótico del ambiente americano, el relato indigenista se propuso desde un principio -- describir la injusta y arbitraria explotación de éste, ya no sólo como elemento étnico, sino, ante todo, como un grupo social claramente diferenciado, que se define por la posición que ocupa en el conjunto de las relaciones sociales -- que constituyen al todo social.

A pesar de que hasta ahora no se ha definido con la suficiente amplitud y claridad en qué consiste lo peculiar de la narrativa indigenista, sin embargo, creemos que en el caso de Icaza, y más propiamente, en el de su primera novela aparecida en 1934, "Huasipungo", es la violencia predominante en el ambiente rural la que nos puede explicar la configuración de toda la obra, tanto en sus grandes líneas de estructura como en sus más mínimos detalles estilísticos así como arrojar pistas para establecer una tipología preliminar del derecho indigenista.

Algunos autores han señalado esta violencia como una característica más de la sensibilidad generacional de la literatura latinoamericana que nació con el naturalismo. A partir de éste la "muerte" ya no será vista desde tópicos literarios europeos, como un "accidente" de nuestra realidad social, sino como un elemento consustancial a la misma. Se descubre que la realidad latinoamericana es esencialmente violenta, que la presencia de ésta en la estructura social no era accidental sino la única garantía de asegurar la continuidad y reproducción del sistema social en su conjunto. De ahí que no podría constituir un rasgo más de nuestra narrativa, sino su eje estructurador.

8 Ariel Dorfman (1) señala dos momentos en el desarrollo del tema de la -- violencia en la novela hispanoamericana actual: 1. hasta 1940, donde los escritores se dedican a documentar la violencia hecha a nuestro continente. Aquí el énfasis está puesto en los padecimientos, en el estado socio-económico-legal -- que permitía ese despojo, en una naturaleza que devoraba al hombre, quien aparece como un ser pasivo que recibe los golpes de las fuerzas sociales y naturales del continente. Como bien señala Dorfman, la "esencia de América para esta literatura se encuentra en el sufrimiento" (2). 2. A partir de 1940, la novela hispanoamericana sufre un cambio notable. Aquí se va a buscar registrar la activa posición individual frente a este estado de cosas. El escritor ya no sólo denuncia la miseria y quiénes la causan, describe además las consecuencias que esa explotación ha tenido y tiene en el delineamiento de un ser interior, "de una conducta que podemos reconocer como nuestra" (3).

Icaza, aunque publica su novela "Huasipungo" en 1934, creemos que por el tratamiento que hace del tema de la violencia se ubica en un período transitorio entre la primera y segunda etapas. En él podemos percibir no sólo cómo el indio es oprimido injusta y arbitrariamente por todos los estratos de la pirámide social, sino también, cómo éste interioriza tal estado de cosas. Como veremos, la novela está construida de tal manera que el mismo proceso narrativo produce una sensación de "turbulencia" y de esta forma comienza a dar lo que Dorfman llama la "violencia narrativa" (4); esto es, una forma de violencia que no sólo se presenta a nivel de contenido, sino también, como acto estético a nivel de la misma estructura narrativa.

En definitiva, el horizonte problemático que intentamos abordar es el de la violencia presente en la novela de Jorge Icaza, no sólo como un elemento -- más de su narrativa, sino ante todo, como eje estructurador de la misma, como principio estructurador del texto novelesco en cuanto tal.

En este trabajo vamos a examinar la violencia como un fenómeno político e institucional, lo que significa que no nos ocuparemos de los fenómenos de la violencia como efecto de estados psicológicos, pues éstos no son más que resultados de una determinada estructura de poder que, tarde o temprano, termina -- por repercutir sobre la psique de los individuos.

Aquí la violencia es considerada como inherente al sistema político capitalista, como lo es, en general, consustancial a todo modo de producción en el que se establece una relación de dominación de unas clases por otras. En este sentido, afirmamos el carácter estructuralmente necesario de la violencia, como factor de reproducción de tales relaciones de dominación .

Dado el modo sui generis de penetración del capitalismo en el agro latinoamericano, el recurso a la violencia no es en modo alguno una situación excepcional, sino un ingrediente constante de la vida social. Es precisamente una ilusión ideológica liberal considerar que aquélla irumpe sólo ocasionalmente en la práctica política.

El modelo "junker" practicado en América Latina desde finales del siglo pasado, así como el deterioro del orden liberal oligárquico a raíz de las contradicciones acumuladas ya a principios de este siglo, va a crear y consolidar una estructura de poder donde la violencia se vuelve un elemento esencial y --- constitutivo de la realidad factual y cotidiana. Es así que la literatura, al descubrir la esencia social de América, va a hacer de la violencia un tema permanente, de tal forma que hoy resulta casi imposible acceder a la narrativa del presente siglo sin tener en mente la configuración esencialmente violenta de -- nuestras formaciones sociales, así como el testimonio y denuncia que de la violencia hace la novela hispanoamericana, en nuestro caso particular, la llamada novela indigenista de los años '30.

Conviene, finalmente, hacer una última precisión. Lo que determina el predominio de uno u otro tema en la literatura, así como una u otra actitud del escritor frente al mismo lo constituyen precisamente, las formas de vida dominantes en una sociedad.

En el caso latinoamericano, la crisis de la vía oligárquica local del desarrollo del capitalismo va a traer consigo una reubicación estructural de los grupos productores de literatura, con la consiguiente redefinición del estatuto social del escritor, y un cambio en la función de la literatura y en la representación específica de la sociedad que ella se forma. En este sentido, cualquier reflexión sobre el tema que nos interesa tiene que partir de una explicación de los mecanismos sociales de producción y reproducción de las prácticas literarias, en el marco de las formaciones concretas que estructuralmente las determinan. -- Tal conocimiento ofrecerá pistas útiles para comprender la estructura del texto que analizamos al poner al descubierto aquellas configuraciones ideológicas, -- así como la estructura de las relaciones sociales de la formación social en la que la práctica literaria de Jorge Icaza se inscribe.

Notas (1) Dorfman, Ariel. Imaginación y violencia en América. Barcelona: Editorial Anagrama, 2da. edición, 1972.

(2) Op. cit. (3) Op. cit. (4) Op. cit.

I.) Literatura y Sociedad durante las tres primeras décadas de este siglo:

Desde finales del siglo pasado el Capitalismo en América Latina adoptó - la modalidad que Lenin calificó de "vía junker", es decir, una modalidad según la cual el latifundio tradicional no es abolido como unidad económica y social, sino que más bien sirve de base para el surgimiento del modo de producción capitalista. En este sentido, el capitalismo no se desarrolló por vía revolucionaria, esto es, mediante una revolución democrático-burguesa que liquidara de manera radical los cimientos del antiguo régimen, sino a partir de las anteriores estancias: la gran propiedad terrateniente basada en la servidumbre.

Tal modalidad de implantación y desarrollo del capitalismo tuvo consecuencias muy específicas en la evolución económica, social, política y cultural de las sociedades latinoamericanas. En primer lugar, dicha vía no llevó a cabo una transformación cualitativa de las relaciones hombre-naturaleza, sino que más bien redobló la explotación de la fuerza de trabajo. En efecto, el desarrollo del capitalismo en América Latina tuvo como fundamento una sobreexplotación despiadada del trabajador rural. Aquí las propias relaciones sociales de producción no experimentaron una transformación radical, en el sentido de una abolición de las distintas formas precapitalistas de supeditación del trabajador y su sustitución por un sistema de "libre" compra-venta de la fuerza de trabajo. Al respecto Halperin Donghi (1) señala que el proceso de acumulación originaria permanente que se implanta en América Latina no busca expropiar o "liberar" completamente al trabajador rural de su comunidad campesina, sino más bien hacer de éste una suerte de híbrido que reúna las ventajas del proletariado moderno (rapidez, eficacia surgidas no sólo de una voluntad genérica de trabajar, sino también de una actitud racional frente al trabajo) y la del trabajador rural -- (escasas exigencias en cuanto a salarios y otras recompensas, mansedumbre para aceptar una disciplina que, insuficientemente racionalizada ella misma, incluye vastos márgenes de arbitrariedad).

En tales condiciones va a predominar en el agro durante un largo período una constante oposición entre los terratenientes semicapitalistas por un lado y los campesinos en vías de proletarización por otro. Oposición inscrita en una matriz estructural extremadamente compleja que va a determinar a la postre que los sectores de punta del antiguo régimen continúen predominando en el terreno económico y político, estableciendo una hegemonía que dista mucho de implicar una democratización de la sociedad.

Recordemos que tal modalidad de implantación a la que venimos refiriéndonos no supuso una transición "pacífica", ni estuvo ausente de enfrentamiento y luchas de clases; al contrario, los cambios se producen como resultado del desarrollo de un complejo de contradicciones, que desencadenan conflictos en todos los órdenes y abre grietas profundas en el conjunto del cuerpo social.

En el nivel más abstracto podríamos plantear que dentro de este marco de relaciones, la violencia institucional aparece exacerbada, sobre todo durante la etapa inaugural de una nueva forma de dominación. Esta, en el caso de América Latina, tiende a ejercer sobre los sectores rurales que participan de ciertas formas de tenencia de la tierra que tienen que ser abolidas. Precisamente, uno de los sectores más afectados, en el caso del Ecuador, fue el de las comunidades indígenas de la sierra, donde el sistema hacendario se articuló en torno a la explotación semifeudal de los siervos indígenas.

Por otra parte, conviene resaltar cómo, bajo esta modalidad de desarrollo, la Iglesia, que durante la primera fase del proceso aparece como la gran perdedora, va a recobrar importancia posteriormente, una vez que redefina también su papel social y contribuya, como aparato ideológico, a la reproducción del sistema social. En este sentido, sería una simplificación suponer que el Estado recurre únicamente a la fuerza de modo ininterrumpido para asegurar una prolongada permanencia de las relaciones de dominación. Por el contrario, el Estado se vale de otros medios, distintos de la violencia, pero que se explican a partir de ella, para producir un efecto ilusorio de desconocimiento del sitio que ocupan los dominados en las relaciones sociales establecidas. Diremos, entonces, que durante el período que analizamos se establece una articulación compleja: una articulación de complementariedad, esto es, una relación de reforzamiento y combinación de ambos aparatos. En efecto, la acción represiva subsana las deficiencias de la dominación ideológica y el discurso ideológico legitima la acción violenta represiva. A este respecto, la Iglesia va a ser utilizada como un instrumento eficaz para asegurar la legitimidad del régimen y justificar, en última instancia, la violencia institucional que emana del Estado. Sin embargo, mientras el poder y la violencia son realmente la esencia de todo gobierno, no sucede lo mismo con la legitimidad. La pérdida de ésta se convierte en un acicate para sustituirla por la violencia.

Aunque resulta evidente que ningún bloque en el poder puede asegurar de modo ininterrumpido su hegemonía sin recurrir a la legitimidad, aunque ésta se vea deteriorada gradualmente por las condiciones políticas impuestas; sin embargo, no se trata de un elemento consustancial, presente de modo constante en la acción del Estado. No sucede lo mismo con la violencia institucional, pues ésta no sólo constituye en las formaciones sociales latinoamericanas un elemento esencial de su configuración, dado el margen mucho menor de compatibilidad de las concesiones a los dominados en la preservación del sistema, sino también, conviene recordar que el mismo proceso de implantación del capitalismo periférico se define como esencialmente violento. Aquí la violencia no es un recurso accidental o secundario para asegurar dicha implantación, sino una condición sine qua non del proceso mismo.

En el proceso del Ecuador, ya desde 1921 asistimos a la primera crisis del orden liberal oligárquico, cuya vigencia fue en realidad efímera. Este orden había acumulado demasiadas contradicciones en todos los niveles como para que pudiera prolongarse por más tiempo. Durante su vigencia la economía ecuatoriana posee ya un marcado carácter semicolonial, puesto que se desarrolla en la órbita de la división imperialista del trabajo; e internamente no ha superado aún su condición semifeudal, no se diga en la sierra, donde todo el sistema hacendario se articula en torno a la explotación de siervos indígenas.

En uno de esos cortocircuitos típicos del subdesarrollo la economía ecuatoriana se desmorona víctima, de una parte, de su inserción en la división imperialista del trabajo, y, de otra, de su inmersión en la matriz precapitalista de su propia formación social.

Poseedora del poder político, la burguesía agroexportadora intentó entonces resarcirse de las pérdidas transfiriéndolas a los sectores populares. Las masas comenzaron a sentir la miseria con más rigor que nunca. En 1923 fueron masacrados los campesinos de la hacienda Leyto y sofocados por la fuerza los levantamientos indígenas de Sinicay, Jodán, Pchibuela y Urcuquí.

Estos acontecimientos, sumados a los efectos que acarreó la depresión -- terminaron por minar las bases de la burguesía agromercantil guayaquileña en el poder. Con la crisis de hegemonía del bloque en el poder, la fracción oligárquica de la sierra recuperó algún peso político, sobre todo porque el impacto de la depresión fue menor en estos últimos, cuya producción se destinaba casi por completo al consumo interno. A pesar de que los campesinos de la sierra fueron aparentemente los menos afectados, no sólo porque la agricultura de consumo doméstico sufrió menos que la de exportación, sino también porque el sistema predominante de remuneración en recursos naturales y especies les protegió en buena medida de las fluctuaciones del mercado; sin embargo, buena parte de éstos cayeron en la desocupación, dado el mismo carácter del proceso de implantación del capitalismo (vía junker, como hemos señalado).

En definitiva, la depresión económica de los años '30 condujo a una exacerbación de todas las contradicciones sociales, que se tradujo en una crisis de hegemonía de vastas proporciones. Como bien señala Agustín Cueva (2) en esta década se sucedieron en el mando nada menos que 17 gobernantes, y en un sólo año, el de 1932, desfilaron por el palacio presidencial 5 mandatarios y Ecuador sufrió una cruenta guerra civil.

El resultado de este proceso condujo a la formación de un sólido frente oligárquico de dominación constituido por la burguesía de Guayaquil y los terratenientes conservadores de la sierra. Esto resulta importante, sobre todo si consideramos que la única forma de dominación viable para conducir el proceso político ecuatoriano fue la de reforzar el carácter dictatorial del régimen; lo que traería repercusiones graves sobre los sectores dominados vinculados a la explotación de la tierra.

En síntesis, tanto el proceso de implantación del capitalismo en América Latina como la crisis del orden liberal oligárquico en el Ecuador, ya desde principios de este siglo, terminaron por configurar una estructura social y política que hace de la violencia una condición sine qua non para garantizar la reproducción del sistema en su conjunto.

Es aquí donde la literatura va a modificar su visión de mundo en función de las nuevas condiciones creadas por el proceso político latinoamericano de las tres primeras décadas de este siglo. Si bien es cierto que ya desde el siglo pasado el espacio geográfico donde se localizaba la acción narrativa era eminentemente rural, la profundización de las relaciones capitalistas de producción van a acarrear el reemplazo de la antigua unidad del hombre y la naturaleza por un enfrentamiento cada vez más acusado entre ambos polos, determinado por la exacerbación de los conflictos y las contradicciones sociales que desencadenó la modalidad "junker" de desarrollo del capitalismo periférico en el agro.

Precisamente, la narrativa de Jorge Icaza nace dentro de este contexto y, creemos que es ante todo la posición particular que ocupa este escritor dentro del mismo lo que lleva a una trasposición al plano literario de las tendencias dominantes en la sociedad latinoamericana, en nuestro caso, de la violencia como elemento esencial de la misma.

Aquí no está de más citar la sugerencia que hace Narcizo Pizarro en su análisis del texto literario (3) al establecer que el autor, en tanto sujeto-soporte (sujeto de enunciación del discurso literario) va a articular la totalidad del texto novelesco y "producir" los ideogramas que determinan la estructura valorativa de los personajes a partir de su práctica social y de su consiguiente toma de posición frente a la realidad que lo rodea y condiciona. Es precisamente esta estructura narrativa derivada de

guiente toma de posición frente a la realidad que lo rodea y condiciona. Es -- precisamente esta estructura narrativa derivada de tal práctica social la que pretendemos estudiar en el siguiente apartado.

II.) La Violencia como determinante de la estructura y proceso narrativo en -- "Huasipungo":

¿Qué es lo que nos lleva a pensar que la violencia constituye el eje es-- tructurador del relato en "Huasipungo"? Y si lo es, ¿Cómo se organiza la estruc-- tura valorativa de los personajes a partir de este eje estructurador? Para --- adentrarnos en este problema vamos a comenzar señalando algunos aspectos de la estructura narrativa en la novela.

II. 1.) Estructura de la narración:

Según un estudio realizado por Manuel Corrales Pascual (4) en "Huasipungo" la narración aparece organizada en dos planos: por un lado, la presentación de los hechos -los diversos episodios- en un plano general, amplio, que mira a to-- do el conjunto de la narración. A través de él Icaza nos refiere el paisaje, - la vivienda, los rasgos de la naturaleza, esto es, todos los elementos del con-- texto rural donde se realiza la acción dramática. Por otro lado, una sucesión de planos secundarios que invaden continuamente el terreno del plano principal y que tienden a presentar, ante todo, la intimidad del personaje, la vivencia subjetiva de la situación, los pensamientos, anhelos, ambiciones, inquietudes y afectos diversos de éstos, o en algunos casos, del mismo narrador. En este - sentido, Icaza no busca describirnos primero un paisaje, una situación, para - pasar luego a contarnos la actividad de los actores en este marco. Su inten-- ción, por el contrario, es darnos una visión totalizadora de la realidad, don-- de el lector está obligado a percibir de una vez tanto el plano general de la narración como cada uno de sus más pequeños detalles que le matizan y le com-- plementan.

Un relato así estructurado, como bien señala Corrales Pascual (5), produ-- ce ante todo una sensación de "turbulencia". Aquí la violencia no sólo es pre-- sentada a nivel de contenido por el relato casi testimonial y fotográfico de - las condiciones brutales e infrahumanas en que se debaten los pobladores indí-- genas de la sierra, sino además, por la misma esencia lingüística y estilísti-- ca de la novela.

II.2.) Formas de la Violencia:

En este sentido, creemos que en lo fundamental pueden observarse dos mo-- dos de la violencia: la violencia social ejercida directamente sobre el indio; y la violencia narrativa, como acto estético y catártico, de provocación al -- lector.

Ya hemos señalado que el proceso de penetración del capitalismo en el -- agro, particularmente en la sierra ecuatoriana, desencadenó un régimen de te-- rror y agresividad contra el indio que no sólo permitió la sobre-explotación - necesaria para garantizar la reproducción del sistema "junker", sino además la desmovilización política del mismo a manera de mantener sumida a la masa traba-- jadora bajo formas todavía serviles y semif feudales de explotación.

Conviene aquí recordar que el trato cruel del indio no constituye un fe-- nómeno de este siglo, sino por el contrario, lo encontramos ya durante la épo-- ca colonial bajo formas que no distan mucho de las referidas por la novela. - Este sometimiento no fue ni ha sido hasta la fecha un fenómeno esporádico, sino un factor inherente a la misma estructura social, absolutamente necesario para so-- meter a una masa de siervos con enorme superioridad numérica.

UNIVERSIDAD CENTRAL AMERICANA I. S. CASAS
B I B L I O T E C A

13

Bajo tales circunstancias, este trato agresivo, al determinar la configuración psicológica del indígena va a posibilitar el mantenerlo siempre atemorizado, - escarmentado y convencido de que la menor rebeldía será castigada en forma de mesurada e inmediata.

En el caso de "Huasipungo" podemos encontrar las siguientes modalidades de agresividad directa ejercida sobre el indio:

- a) Violencia Natural: La tierra presenta en la novela un rostro áspero de quebradas, de pantanos amenazadores, de tormentas implacables, de ríos que se -- desbordan y terminan por ejecutar la expulsión violenta de los indios de sus huasipungos. En la novela la naturaleza no aparece como "amiga" del hombre, - sino como una fuerza más que contribuye a su explotación.
- b) Violencia Social: Alfonso Pereira y sus sátrapas realizan no sólo la expropiación forzosa de los indios, sino además, se adjudican el derecho de sojuzgar y martirizar al indígena como si se tratara de la forma natural de existencia de los mismos. Llama la atención la confabulación entre todos los grupos - no indígenas (ladinos, cholos, autoridad, cura, terrateniente), que olvidan -- sus diferencias de clase frente a la inmensa masa de trabajadores serviles. El cholo, por ejemplo, aprovecha el aclaramiento de su tez para evadirse de ciertos trabajos reservados, por su peligro y desgaste, exclusivamente a los indios. El patrón al igual que el cura perpetúan su dominio sobre la población rural - mezclando las actividades políticas con la diversión y el placer sexual: violación de Cunshi por Alfonso Pereira, lúbrica diversión del patrón y del cura -- con la chola Juana, etc.
- c) Violencia Divina: El Dios de "huasipungo" es el Dios omnipotente y castigador, y su ministro, el cura, utiliza a su antojo esa onnipotencia y el miedo - qué como respuesta ha incubado en el indio. Ese Dios es fácilmente irascible, y su ira pone en movimiento las fuerzas de la naturaleza que desencadenan la - de los huasipungos de la orilla del río.

Es curioso, pero dentro de la novela la capacidad de sometimiento que po see el poder religioso es tanto o quizás mayor que aquel que se forma bajo la crueldad y el maltrato físico.

El que el cura no aparezca designado con su nombre nos pone en evidencia el interés de Icaza por tipificar bajo su figura la persistencia de un elemento integrador y necesario para garantizar la homogeneidad y dirección ideológica de la clase en el poder. Aquí la Iglesia no sólo reproduce las condiciones de existencia del orden social, sino además, ella misma constituye una fuerza política importante que a la par de asegurar la hegemonía de la clase fundamental en el campo económico-la clase terrateniente- asegura, al mismo tiempo, su sobrevivencia como institución. Son muy esclarecedores al respecto los pasajes donde el cura aprovecha la ingenuidad indígena para obtener fondos y ampliar -- con ello, cada vez más su radio de influencia: organización de la minga, la ce lebración de la fiesta de la Santísima Virgen, el entierro de Cunshi, etc.

d) Violencia Institucional: Finalmente, los intentos de rebelión de los indígenas son reprimidos y apagados por la impresionante incursión que realiza el -- ejército en el cerro donde se encontraban aquéllos.

Es sabido que ninguna clase puede detentar de manera duradera el poder - del Estado sin ejercer al mismo tiempo su control sobre los Aparatos Ideológicos del Estado. Sin embargo, cuando éstos ya no son suficientes para garantizar la hegemonía de la clase en el poder, el recurso a la violencia institucional se pone a la orden del día.

En la novela, la persuasión del cura ya no resulta eficiente para garantizar el sometimiento de los indígenas y la expulsión de éstos de sus huasipungos. Aquí se vuelve necesaria la intervención del ejército -claro aparato represivo de estado- para apagar cualquier intento de rebeldía de los indios.

Precisamente, uno de los efectos políticos que aspiran a producir quienes organizan desde el poder la represión es el acostumbramiento que facilita esa organización. En otras palabras, el efecto que busca la violencia institucionalizada es que la sociedad interiorice la inevitabilidad de la represión, que la sociedad pierda la capacidad de asombro y de indignación frente al atropello brutal, que la violencia se acepte como algo necesario y como elemento constitutivo de lo cotidiano.

A este efecto son interesantes los comentarios que se ponen en boca de los círculos sociales y gubernamentales que exigen la matanza de los indígenas para garantizar "la paz de los hogares cristianos", para defender "las glorias nacionales como Alfonso Pereira que construyó sólo un carretero" y a las "desinteresadas y civilizadoras empresas extranjeras".

e) Finalmente, nos encontramos frente a una forma todavía muy incipiente de violencia revolucionaria desatada por la agresividad que las estructuras sociales ejercen sobre el indio. Al final de la novela, los indios son empujados también al recurso de la violencia, al encontrar cerrada cualquier otra forma de manifestación política. Tal como lo plantea Icaza, este recurso último a la rebelión no nace de modo espontáneo ni como una alternativa aventurera escogida por los indígenas. Precisamente, porque la violencia ha sido introducida por quienes ejercen el poder, quienes se oponen a la estructura política establecida no son los responsables de la violencia en la lucha política, sino por el contrario, las víctimas de la misma. De ahí que la institucionalización de la violencia represiva termina, a la larga, por desarrollar una capacidad de respuesta similar en los sectores dominados.

En este sentido la violencia popular no sólo se presenta en la novela como una alternativa más para oponerse a la estructura política dominante, sino como la única viable para transformar el orden de cosas existente.

Es bien sabido que la caracterización del Estado como instrumento de violencia olvida que el poder de la clase dominante no deriva únicamente de su control sobre la "sociedad política". Una clase es hegemónica porque combina la dominación con la dirección política de las clases subalternas, lo que implica la necesidad de conservar una amplia base social de apoyo que le otorgue legitimidad. Sin embargo, en la novela asistimos a un proceso gradual de deterioro de esta hegemonía, donde la dirección política de los sectores subalternos se vuelve cada vez más difícil sin recurrir a la violencia, y donde, por ende, terminan por perderse de vista los factores políticos que dan legitimidad a un Estado. Bajo tales circunstancias, el grito de rebeldía de Andrés Chilibuinga acumulado por mucho tiempo e impulsado por el "buen coraje" contra la injusticia, no puede tomarse como un acto desesperado e irracional que lleva a los naturales a oponerse a la violencia organizada desde el poder. Definitivamente, tarde o temprano, tenía que desatarse la agresividad instintiva del indígena al verse sojuzgado y expoliado por todos los sectores sociales que mostraban un alto nivel de tolerancia y complicidad frente a la violencia ejercida por el terrateniente.

Sin embargo, aquí asistimos a un punto medular del proceso político ecuatoriano, y latinoamericano en general, que Icaza ha logrado captar con mucho tacto: la sublevación popular no podrá alcanzar jamás éxito alguno si no se apoya sobre una organización de fuerza preexistente y mientras los sectores dominados no hayan desarrollado una capacidad de respuesta similar a la violencia dominante ejercida sobre ellos.

La virtual represión y matanza de indios con que termina la novela no se debe a una visión un tanto escéptica de Icaza sobre las condiciones de vida de los indígenas y sobre las posibilidades reales que tienen éstos de liberarse de tal situación. Por el contrario, corresponde a una cabal comprensión de las posibilidades históricas que hasta la fecha tenían las comunidades indígenas en el Ecuador. Mientras las luchas de éstos no adquieran una dimensión nacional, mientras se den como fenómenos aislados al margen de los demás sectores subalternos, mientras se trate de una lucha instintiva sin conciencia de sus verdaderos intereses de clase, y sobre todo, como señalábamos más arriba, mientras tales luchas no se apoyen sobre una organización de fuerzas preexistente que garantice el desgaste continuo del Aparato de Estado, las posibilidades de transformación de la sociedad se verán frustradas.

Desde esta perspectiva al final de la novela, más que desalentador constituye una clara indicación para los sectores dominados de lo que deberá ser su lucha política futura.

Ahora bien, hasta aquí nos hemos referido a una de las dos formas de la violencia presentes en la novela: la violencia social; falta aún hablar de --- aquella violencia o sensación de turbulencia que se logra percibir en la estructura misma de la novela.

Como hemos visto, la violencia constituye no sólo el elemento que determina el curso del desarrollo de los acontecimientos y de las diferentes situaciones narrativas en que se ven involucrados los personajes, sino que la misma estructura del texto aparece como esencialmente violenta.

Estudiemos cada uno de estos dos aspectos por separado.

La novela está atravesada de principio a fin por un eje estructurador: la violencia ejercida por el poder despótico sobre el indio de la sierra. Es esta violencia la que determina tanto la construcción del texto novelesco en general, como la configuración psicológica del indígena derivada de su situación de sumisión y explotación.

Desde la llegada de Alfonso Pereira a la hacienda, hasta la rebelión de los indios de la sierra, el poder institucional del terrateniente se va delineando gradualmente como un poder despótico, donde el uso de la violencia está presente en todas las acciones del mismo: la búsqueda de comadronas indias para amamantar a su nieto; la violación perpetrada sobre Cunshi; la lúbrica diversión del patrón con la chola Juana; el maltrato físico de cholos e indígenas durante el trabajo de la minga; la negativa a limpiar el cauce del río, etc. Estas, en tanto no se dan aisladamente, terminan por configurar no sólo el ambiente en el cual se moverán los personajes, sino también, la misma estructura psicológica de cada uno, en especial la del indio.

Es a este nivel donde conviene llamar la atención sobre el hecho importante: la recurrencia al terror guarda estrecha relación con la capacidad política de aquéllos a quienes se pretende atemorizar y dominar. Obviamente, que la violencia que emana del poder oficial del terrateniente como de sus representantes,

no hubiera podido establecerse sin la desmovilización política de las masas indígenas que sobreviene de sus mismas condiciones materiales de vida. El no tener asegurada la sobrevivencia y reproducción de modo estable, condiciona muchas de sus actitudes frente al mundo, particularmente, la visión que tiene de su opresor como de sí mismo.

Contrariamente a lo que suele pensarse, el bajo nivel de desarrollo material y espiritual al que estaban sometidos, determinó en el indígena promedio una actitud de sumisión ideológica y de aceptación pasiva de sus precarias condiciones de existencia. Raras veces en la novela, el indio se cuestiona sobre su situación de sometimiento, lejos de ello, parece aceptarla con docilidad, - como si se tratara de su condición natural, como si la felicidad y el bienestar material no estuvieran reservados para ellos.

Complemento de lo anterior es la gran tolerancia que muestran los demás -- sectores subalternos frente al maltrato y sobreexplotación del indígena. Esta complicidad no sólo constituye un punto de afinidad que de alguna manera tiende a mitigar las contradicciones existentes entre éstos (cholos y ladinos) y Alfonso Pereira, sino además, determina el tipo de relación que tiene que darse entre tales sectores subalternos y el poder del terrateniente, a manera de asegurar tanto la sobrevivencia de los primeros, como la dominación y dirección política del segundo.

En el mismo sentido, las relaciones entre los personajes están determinadas por la violencia. De una parte, la complicidad de mestizos y ladinos, a pesar de su condición social, con el terrateniente se explica también por el temor a sufrir los embates de la violencia. De igual modo la alianza establecida entre el hacendado y el cura tiene como base la necesidad de asegurar para el bloque en el poder no sólo el control sobre la "sociedad política", esto es, - sobre los aparatos represivos de estado, sino también, sobre aquellas instituciones civiles obtenedoras del consenso, en este caso, la Iglesia.

No es la lógica del discurso ideológico-religioso la que determina la complicidad del cura con el terrateniente en la explotación del indio, sino la necesidad de asegurar una base de apoyo que otorgue legitimidad al poder del hacendado y que lo haga aparecer como necesario y legítimamente oficial, la que determina la recurrencia constante a la superestructura religiosa.

En suma, tanto las intervenciones de los personajes en cada uno de los momentos de la acción, así como las relaciones que se dan entre los mismos, -- van a estar determinadas por la violencia institucional como valor central del texto novelesco.

Por su parte, esta organización narrativa que se deriva de la estructura de valores de los personajes arriba señalados, resulta ser también esencialmente violenta.

En el estudio de Corrales Pascual encontramos un aspecto importante que caracteriza al proceso narrativo de "Huasipungo": la violencia narrativa toma forma lingüística por medio de un recurso utilizado constantemente: el paréntesis.

En la novela, la acción no discurre tersa y clara; "... es un torbellino donde se entrecruzan multitud de elementos, donde se entremezclan y revuelven rasgos descriptivos, sentimientos de los personajes, juicios del autor... los planos secundarios de la narración invaden continuamente el terreno del plano

principal, afirmando con su iterativa incursión su propia existencia y como reclamando un puesto de primer orden en la atención del lector.." (6)

El paréntesis, esto es, la fragmentación del plano principal, es un rasgo conformador de la narrativa de Icaza, no sólo por la frecuencia con que aparece (más de seiscientos cincuenta veces en la novela) sino también por el modo cómo lo utiliza el narrador: en primer lugar, hay paréntesis simples, es decir, constituidos por una sola interrupción de la oración o la frase; hay además, paréntesis complejos, donde al primero añade un segundo, y aun varios (7). Aquí lo importante es que ambas formas son empleadas para describir el paisaje, la vivienda, rasgos de los personajes; para introducir explicaciones personales, juicios y apreciaciones del momento narrativo y del comportamiento de los personajes.

Obviamente, que un relato así estructurado nos obliga a captar de un solo golpe el primer plano de la narración y al mismo tiempo la circunstancia, dándonos una sensación de "turbulencia", de que estamos frente a un mundo que se derrumba. Precisamente, la falta de armonía en el contexto rural es tal, que la impresión de turbulencia a la que hemos aludido viene no sólo a causa del realismo casi fotográfico del contenido, sino también de un estilo que, como sugiere Corrales Pascual, aparece "flagelado por paréntesis que frenan en seco la marcha del relato, que lo distorsionan y obligan a una tensión en la que -- los ojos del lector y su pensamiento han de moverse simultáneamente en muchas direcciones" (8).

Si como hemos visto, el discurso de la novela está determinado por la -- violencia, igual consideración podemos hacer sobre la estructura de la narración y la perspectiva del narrador. Aunque aquí todavía Icaza no ataca la estructura misma del universo en que el lector descansa su mirada, tampoco, se limita a violentar la cosmovisión del mismo al documentarle casi factualmente sobre una realidad muchas veces ignorada.

Si bien es cierto que la novela naturalista anterior ponía más énfasis -- en el contenido que en la forma, Icaza va intentar hacer de la novela misma, -- como acto estético, una protesta lingüística contra la tranquilidad del lector latinoamericano. En este sentido, la violencia no sólo es percibida en el contenido del texto, sino también en la estructura misma que aparece flagelada y violando las reglas del juego social-literario. Con ello no queremos decir que el autor rompe completamente con los cánones del relato tradicional que caracterizó a la novela naturalista de principio de siglo; pero su narrativa constituye un intento por ir más allá de aquellas formas que se ajustaban a las leyes científicas, correspondiendo a lo factualmente observable en la realidad.

Notas:

- (1) Halperin Donghi, Tulio. Historia contemporánea de América Latina. Madrid: Alianza Editorial, 1975.
- (2) Cueva Agustín. Ecuador: 1925-1975. en América Latina: historia de medio siglo, Vol. I. México: Siglo XXI Editores. 1975.
- (3) Pizarro, Narciso. Análisis estructural de la novela. México: Siglo XXI Editores, 1975.
- (4) Corrales Pascual, Manuel. Jorge Icaza: Frontera del relato indigenista. -- Ecuador: Ediciones Universidad Católica (EDUC). 1974.
- (5) Op. cit.
- (6) Corrales Pascual, Manuel. Op. cit.
- (7) Un análisis más detallado sobre la técnica del paréntesis en la narrativa de Icaza puede encontrarse en: Corrales Pascual, Op. cit.
- (8) Op. cit.

CONCLUSIONES:

De lo visto podemos extraer las siguientes conclusiones:

- 1.) La forma o vía "junker" que asume el proceso de implantación del capitalismo en América Latina se caracterizó, ante todo, por el recurso a la violencia institucional como ingrediente esencial de la estructura política que aseguró la hegemonía de la clase terrateniente en el bloque en el poder. Aquí, como hemos señalado, la violencia política no es un recurso accidental o secundario para asegurar una nueva forma de dominación, sino una condición sine qua non para el establecimiento de las relaciones de producción capitalistas en las formaciones sociales latinoamericanas .
- 2.) Dentro de este contexto, la narrativa latinoamericana de principios de siglo va a estar determinada por aquellos pre-construidos culturales que tienden a predominar en el marco de las relaciones sociales que caracterizan al modelo de acumulación estudiado. En este sentido, partiendo de una explicación de los mecanismos sociales de producción y reproducción de las prácticas literarias en América Latina, hemos podido comprobar como la violencia, presente en la realidad factual y cotidiana de las sociedades latinoamericanas, constituye el eje estructurador de la narrativa indigenista, particularmente de una de las principales novelas de esta corriente: "Huasipungo".
- 3.) Aquí la violencia va a ser importante para explicar, de una parte, la estructura valorativa de los personajes así como el orden de los acontecimientos narrativos en la novela; de otra, el carácter que presenta la estructura y el proceso narrativo en el texto novelesco. Este último detalle nos parece más original, en tanto nos permite trazar un rasgo diferenciador en la narrativa de Icaza y que contribuye a hacer de la novela, considerada como acto estético, una estructura portadora ella misma de violencia: el uso reiterativo del paréntesis.

